



Introducción al Conservatismo en los Estados Unidos

“NO SOY UN CONSERVADOR AL ESTILO DE BURKE, NI TAMPOCO UN CONSERVADOR AL ESTILO EISENHOWER-HOOVER-TAFT SINO QUE DERIVO MI CONSERVATISMO DE LA GRAN TRADICION AMERICANA ESTABLECIDA POR ADAMS, MADISON, HAMILTON, JEFFERSON Y LINCOLN”.

CLINTON ROSSITER

Clinton Rossiter, el exponente más alto del pensamiento conservador en los Estados Unidos, desempeña actualmente el cargo de la Cátedra Pitt de Historia e Instituciones Norteamericanas en la Universidad de Cambridge, Inglaterra. Es el autor del libro fundamental “Conservatismo en América”, obra que mereció el premio Charles Austin Beard, premio establecido en memoria del ilustre historiador que lleva su nombre por la mejor contribución a la historia de los Estados Unidos.

Una de las muchas sorpresas de la postguerra ha sido el resurgimiento del conservatismo como una fuerza vigorosa, consciente, en la vida americana. Si casi tan sorprendente en su influencia como el asalto de la televisión, el desplazamiento hacia los suburbios, el alcance del espacio, o el empuje contra la segregación, este resurgimiento ha sido un acontecimiento de mucha importancia tanto en el crudo mundo de los políticos como en los claros cielos de los intelectuales.

Mientras la reaparición del conservatismo puede ser algo como una sorpresa, es la clase de sorpresa de la cual hay una explicación adecuada y obvia. Hacia los finales del segundo período del Presidente Roosevelt nos comenzamos a mover, —como siempre nos habíamos movido después de una temporada de transición y reforma—, dentro de un período de inacción y consolidación. Los años siguientes de prosperidad y peligro, de triunfo y frustración, nos llevaron aun más lejos del liberalismo de la década de 1930 y por 1950 estábamos listos para, al menos, una modesta dosis de conservatismo. Cansados de dos décadas de aventuras deseábamos descansar por un rato y recobrar las fuerzas. Amenazados por un terrible enemigo, nos volvimos animosos defensores del modo de vida que ese enemigo desprecia. Creciendo por el trabajo, la imaginación y “un poquito de suerte”, a un estado de bienestar inigualado, comenzamos a portarnos como personas que tienen algo substancial por lo que ser conservadores. “Creciente conservatismo” en vez de “creciente socialismo” fue la gran tendencia de la década de 1950. A mediados de esta década los Estados Unidos —tanto como puede ser una nación inquieta— era una nación conservadora.

Si no somos hoy una nación tan conservadora, somos, sin embargo, una nación en la que el conservatismo fija el estilo de la vida y la política. Las señales de este conservatismo están por dondequiera a nuestro alrededor.

Después de generaciones de haber perdido la seriedad, la palabra misma ha sido recibida con entusiasmo por gente que, hace unos pocos años, hubieran preferido se les llamara piromaníacos antes que conservadores. Políticos, periodistas, hombres de negocios y publicistas gritaban los “slogans” del resurgimiento; los colegios amparan —aunque no estén exactamente llenos de ellos— a poetas y profesores que encuentran su inspiración en Coleridge y Burke antes que en Whitman y Jefferson; un autollamado conservador —de la variedad “dinámica”, por cierto— ha terminado apenas recientemente los ocho años más populares que cualquier Presidente haya pasado en la Casa Blanca. La marea de conservatismo americano asciende en formas confusas, mas muy pocos negarán que asciende profunda y fuerte. Si no es la corriente dominante de la vida Americana, es ciertamente una muy poderosa, y exige una comprensión que le ha sido negada, tanto por aquellos que flotan en ella, como por aquellos que quisieran ponerle dique.

Este trabajo es el resultado de mi propia búsqueda de una comprensión del Conservatismo americano y espero sirva de guía a otros que están igualmente ansiosos de encontrarla. Es, primordialmente, un estudio de la teoría política del Conservatismo americano; de los principios que han inspirado a nuestros conservadores en el pasado; que los han inspirado en el presente y que es muy probable los inspire en el futuro. Sin embargo es también un estudio de política práctica para conservadores, que como otros hombres, no pueden siempre conocerse por los principios que proclaman. Nuestra búsqueda es de la esencia del Conservatismo americano, que como todos los conservatismos, encuentra expresión en las instituciones immanentes en vez de en las ideas trascendentes.

Sería agradable que entráramos directamente en la búsqueda, mas no podemos saltar sobre la obstinada rea-

lidad de que "conservatismo" es una de las palabras más confusas que existe en el glosario oratorio y político de hoy. Muy bien pudiera haber sido "conservatismo" lo que el Magistrado Holmes tenía en mente cuando escribió, con su felicidad característica: "Una palabra no es un cristal, transparente e inmutable; es la piel de un pensamiento vivo y puede variar grandemente de color y contenido de acuerdo con las circunstancias y el tiempo en que se usa". Uno no necesita gastar más de una hora con la literatura del resurgimiento para comprender de que pocas palabras son tan variables en color y contenido. El fracaso de los Americanos en ponerse de acuerdo en el significado de "conservatismo" ha distorsionado la opinión y entumido la discusión de algunos de los más impresionantes temas de nuestro tiempo. No extrañe, por lo tanto, que varios teorizantes políticos de importancia hayan propuesto que "conservatismo", lo mismo que su compañero en confusión: "liberalismo", se vendan como hierro viejo.

Las palabras, sin embargo, no pueden fácilmente venderse como hierro viejo; y aun cuando estos sabios llegaran a ponerse de acuerdo o inventaran un sustituto aceptable —algo sumamente improbable— el resto de nosotros, sin duda, seguirían usando una palabra que, después de todo, es un instrumento muy útil si es debidamente manejado. He vivido demasiado con "conservatismo" y he oído a muchos hombres pensantes discutir sobre su significado, para que yo emprenda este estudio sin declarar mis propias definiciones, rogando al lector se ponga de acuerdo con ellas durante el término de estas páginas.

Antes de declararlas, deberíamos tomar nota — y así ponerlos a un lado— de los usos populares de "conservatismo" que ha venido a ser en la América de hoy, —como fue en la Inglaterra de Macaulay— "la nueva palabra en jergonza". Palabras como "cauteloso", "prudente" y "anticuado" han pasado de moda en nuestra conversación diaria. Todo y todos son "conservadores" en estos días: El club de fútbol que se mantiene con la bola en el campo, el inversionista que prefiere las acciones de la General Motors a las de empresas aventureras, el piloto que sólo entra al canal con viento favorable, el joven que usa el cuello de la camisa abotonado en vez de camisas sport, el ciudadano que envía dinero efectivo y no un cheque a la "Asociación Nacional para el mejoramiento de los hombres de color" (N.A.A.C.P.), el editor que jamás publica una novela sin balancearla con la publicación de dos libros de texto, el colector de obras de arte que prefiere a Wyeth antes que a Kuniyoshi o aun a Klee antes que a Pollock. Mientras que nadie puede objetar estos usos populares, que sin duda alguna dan satisfacción a los que los usan, no deben permitirse que oscurezcan las verdaderamente importantes designaciones de "conservatismo" en el léxico de la política y de la cultura. Existen, creo, cuatro tales designaciones con que los estudiantes del conservatismo americano deben estar completamente familiarizados.

La primera denota cierto temperamento o situación psicológica. "Conservatismo temperamental" es simplemente una disposición natural del hombre que se opone a todo cambio substancial en su manera de vida, de tra-

bajo, de ocio. Los psicólogos están de acuerdo, generalmente, en que todos los seres humanos exhiben rasgos conservadores en ciertos grados y en algún momento de su vida y que en la mayoría de los hombres esos rasgos aparecen dominantes. Los más importantes rasgos del temperamento conservador, todos ellos por lo general instintivos, parece que son: el hábito, la inercia, el temor y la emulación.

El hábito es la disposición de hacer las mismas cosas de la misma manera, especialmente si uno ha aprendido a hacerlas con habilidad por una constante repetición. El hábito, entre los seres humanos, es por lo general, aunque no completamente, un producto de la cultura, una señal de que el individuo ha logrado un ajuste con su ambiente. William James lo consideraba como "la enorme rueda volante de la sociedad, su más precioso agente conservador. Sólo él es el que puede mantenernos a todos dentro de los límites del orden".

Los seres humanos —como la materia— prefieren mantener "el estado de reposo o de uniforme acción rectilínea mientras no sean influenciados por una fuerza externa".

La inercia no exige esfuerzo, mientras que la renovación, como dijo Thorstein Veblen en su Teoría de la Clase Ociosa, "requiere un grado de esfuerzo mental —más o menos laborioso y prolongado— para encontrar y mantener su donaire bajo circunstancias alteradas". Veblen, característicamente, pasó a explicar el "conservatismo del pobre" en estos términos, afirmando que "el progreso se dificulta por la desnutrición y la excesiva fatiga física". Existe muy poca razón para diferir con esta observación aflictiva, mas podemos encontrar inercia en la repugnancia de hombres de todas las clases y situaciones —y aun más aparentemente en las mujeres— en esforzarse un poco más para enfrentarse a los problemas del cambio. Un importante elemento en el intenso conservatismo de la vejez es la progresiva reducción de energía y el aumento de la inercia. El "conservatismo de ignorancia" el tósigo de los reformadores sociales de todos los tiempos, puede explicarse también en términos de inercia.

El temor es a la vez un elemento instintivo y cultural en la psicología del conservatismo; como tal, toma la forma de ansiedad, culpa, o vergüenza. Temor de lo desconocido e inesperado, temor de lo informal e irregular, temor de la desaprobación del grupo y de sus propias debilidades, estos y miles otros temores persuaden al hombre a ser conservador. El más importante temor de todos, que forma el temperamento conservador, es el temor al cambio, que disloca, incomoda, y lo peor de todo, arrebatata.

La emulación es un producto tanto del temor al enajenamiento del grupo como del deseo de aprobación. Aparece en las sociedades desarrolladas como el deseo de la respetabilidad, lleva a los hombres a consentir con el status quo y a conformarse a los niveles del grupo. "Sostener lo viejo", escribió A. B. Wolfe, "conformarse con lo establecido, refrenarse de criticar las cosas como son, no tener sino pensamientos convencionales, tales son las avenidas que nos llevan día a día a la respetabilidad", y así, debe añadirse, a la paz y seguridad.

La importancia social del temperamento conservador no necesita demostración. Cuando los hombres se reúnen en grupos, como no tienen otra alternativa, este temperamento viene a ser esencial tanto para sobrevivir como para progresar. Sin él los hombres no pueden esperar a resolver tales problemas inmediatos como la consecución del alimento y la vivienda, la división del trabajo, el mantenimiento de la ley y el orden, la educación y la procreación. Sin él no pueden los hombres encontrar el escape de la tensión e inseguridad que les permita dedicarse al pensamiento creativo y a la actividad aventurera. Los individuos y sociedades enteras, ambos descansan pesadamente en el temperamento conservador; el deseo "natural" de la seguridad, la protección y la paz.

"El conservatismo de posesión" es lo que muchos hombres parece que tienen en mente cuando describen a una persona, o alegato, o curso de acción como conservador. "Conservatismo posesivo" es la actitud del hombre que tiene algo substancial que defender en contra de la erosión del cambio, ya sea en su status, su reputación, su poder, o, más corrientemente, su propiedad—que no necesita ser "substancial" para nadie sino para él. Esta no es una postura adoptada solamente por los bien nacidos o bien acomodados. El curso tranquilo o, al menos, soportable, de la existencia del conservador posesivo depende, por lo general, en lo que tiene y mantiene; las amenazas a su propiedad o a su status son amenazas a sus intereses, a su rutina y a su comodidad. Como el conservatismo temperamental, el conservatismo de posesión es egocéntrico, un estado mental no especulativo opuesto al cambio de toda especie y en cualquier dirección. Sólo incidentalmente es una actitud hacia la reforma social y política. El conservador posesivo mira las nuevas tendencias y gustos y en propuestas de reformas como amenazas, no a la comunidad, sino a su lugar en ella. Es concebible, aunque no muy probable, para él ser un hombre con un temperamento esencialmente radical. En la mayoría de los conservadores, posesión y temperamento se funden en un formidable prejuicio contra la irregularidad y el dislocamiento.

La tercera y más común acepción de esta palabra es para describir lo que debo llamar, por falta de una frase mejor, "conservatismo práctico". Este es el conservatismo de temperamento y posesión operando en una nueva dimensión: la comunidad, mas no en el elevado plano del pensamiento especulativo. Es la actitud del hombre que visto más allá de sus propias idas y venidas y ha reconocido, aunque sea vagamente, que él es un miembro de una sociedad digna de ser defendida contra la revolución y la reforma. Reconoce además que tal defensa exige algo más que mantener su puesto y propiedad. Él ha avanzado más allá de los dos conservatismos anteriores y está preparado para oponerse a los destructores cambios en el orden legal, político, económico, social, religioso o cultural. El conservador práctico ha logrado levantarse alguna distancia por sobre sus propios intereses para sublimizar las más bajas aspiraciones en devoción a su comunidad.

La complejidad de rasgos que forman esta actitud incluyen: hábito, inercia, temor, emulación y el ansia de protección y de posesión segura. Mas dos cosas se le han de añadir en medida suficiente para transformarlo en

un más alto orden de conservatismo: el sentido de miembro de una comunidad y el disgusto o temor de un radicalismo político y social. Lo que no se le ha añadido es la urgencia de reflexionar. La devoción del conservador práctico por su comunidad, debe notarse, no es ni causa ni efecto de un pensamiento deliberado. El conservatismo práctico es simplemente: un sentido de satisfacción o identidad con el status quo que sólo por cortesía puede ser clasificado como una filosofía, o una tradición, o una fe. Los más de los hombres adoptan actitudes simples, no especulativas, hacia la sociedad y sus problemas, y la mayoría de los conservadores son, por lo tanto, conservadores prácticos. Muchos de tales hombres apenas si son conscientes de sus tendencias conservadoras; muchos, especialmente en América, niegan que son del todo conservadores. Sin embargo, todos están firmes en los rangos de aquellos que se sienten satisfechos de las cosas como son y desconfían de aquellos que proponen cambios radicales.

La última y la más alta especie es la del "conservatismo filosófico". El conservador filosófico suscribe conscientemente los principios designados a justificar el orden establecido y resguardarlo en contra del descuidado chapucero y del determinado reformista. Su conservatismo se explica tanto en términos intelectuales como en términos psicológicos, sociales y económicos. La crianza se ha juntado a la naturaleza para hacer de él el hombre que es. Es conocedor de la historia, la estructura, los ideales y las tradiciones de su sociedad, de las tendencias reales y las inferencias de las tendencias de reforma, y de la importancia del conservatismo en mantener un orden social estable. Él es consciente de ser conservador y que debe, por lo tanto, practicar una política conservadora. Esta conciencia de su naturaleza y de su misión es, en alto grado, el resultado de mucho pensamiento bajo una presión radical; él ha examinado sus principios, cándida si no siempre entusiastamente, y los ha encontrado buenos. Su lealtad al país se proyecta en el pasado, y su sentido de la historia lo lleva a apreciar el largo y penoso proceso a través del cual se desarrolló un algo digno de defenderse. Además, su lealtad es tan profunda que está dispuesto a trascender el conservatismo de posesión sufriendo privación y pérdida y una buena dosis de impopularidad, en defensa de sus queridos valores e instituciones.

Conciencia, reflexión, tradicionalismo, y por lo menos cierto grado de desinterés, tales son las cualidades que distinguen al genuino conservador de todos los otros que llevan este nombre. Es un espécimen raro en cualquier país, y aun más raro en éste; y así como es de raro, así es de valioso, no menos valioso, yo insistiría, que el otro raro espécimen, el liberal genuino. Su dirigencia, tanto activa como intelectual, puede sólo transformar una masa confusa de conservadores prácticos en un movimiento conservador determinado. Es con esta clase de conservatismo, especialmente con las formas, tanto clásicas como grotescas, que ha asumido en los Estados Unidos, a que este trabajo principalmente se refiere.

El siguiente paso para reducir algo de la confusión que rodea al conservatismo es distinguirlo, aunque sea crudamente, de otros ismos. Esto puede ser más fácilmente alcanzado si consideramos al conservatismo como

una actitud hacia el cambio social y la reforma política, y fijando su posición en el usado, pero todavía servible, espectro que corre de izquierda a derecha. Volveremos más tarde a la cuestión de lo que distingue al conservatismo como sistema de pensamiento político, tanto del liberalismo o radicalismo como de cualquier otro ismo.

Supongamos una comunidad en la que el gobierno es constitucional, en la que la sociedad y la economía están bien estructuradas, en la que la ciencia y la técnica son activas, y los hombres están ansiosos de proponer y oponerse a reformas designadas a enfrentarse con los problemas de un modo de vida evolutivo. Yo sugiero que dentro de esa comunidad, de la cual hay muchos ejemplos en el mundo Occidental, podemos encontrar por lo menos siete actitudes, especialmente hacia el cambio que ha de efectuarse o sellarse con una positiva reforma.

Algunas palabras de admonición deberían preceder la lista de tales ismos: Mientras ellos podrían fácilmente reducirse a cinco, a tres o aun a dos categorías como también fácilmente ampliarse a una docena, hay una cierta lógica en el espectro político que propongo. Este procede de izquierda a derecha, no en una línea recta sino alrededor del borde de un círculo, de modo que la primera y la séptima categoría, vistas desde la tercera y la cuarta, son los vecinos más cercanos. La línea divisoria entre cualquiera de ellas no es en realidad una línea sino una imperceptible graduación, y dentro de cada categoría hay un número cualquiera de posibles desviaciones. Dentro de cada una hay también muchos grados de conocimiento y de sentido; un hombre puede haber llegado a uno de estos puntos de vista a través de concienzudo pensamiento, o bien por ignorancia y testarudez.

Estas, pues, son las actitudes con las que los hombres miran las reformas y los cambios en un modo de vida establecido, ya sea en sus leyes, costumbres, constitución, ideales, cultura, situaciones económicas, y credos, o en todas las complejas relaciones entre hombre y hombre: El "Radicalismo revolucionario" insiste en que las heredadas instituciones están enfermas y son opresivas, que los valores tradicionales son falsos y deshonestos; y por lo tanto, propone suplantarlos con un infinitamente más justo y benigno modo de vida. Tan vasto es su compromiso con el futuro, tan impaciente para soportar dilaciones, que está preparado para forzar su entrada en el futuro con la subversión y la violencia. Su actitud hacia el proceso social es simple y salvaje: pretende la destrucción de este proceso tan rápida y completamente como sea posible, con desprecio de todas las reglas del juego, que son, en todo caso, monstruosos engaños.

El "Radicalismo" también no está satisfecho con el orden existente, está comprometido en un plan de cambio total y, por lo tanto, deseoso de iniciar profundas reformas, mas su paciencia y pacifismo lo distinguen claramente de la especie revolucionaria. Parece que tiene mucho menos prisa, posiblemente porque ha llegado a una menos desesperada conclusión acerca del estado de cosas e insiste en que llegará a Utopía por los caminos de la paz. De cualquier manera, traza una línea de acción permisible que no llega a la subversión y a la violencia.

Cualquier hombre, aun el conservador convencido,

puede tener una conducta que sea radical en apariencias y resultados. Puede ser impulsado a matar, robar, o cualquier otro acto violento con desprecio del convencionalismo y el orden; puede tomar una postura radical hacia una determinada institución, tal como la Iglesia, o un ideal determinado, tal como la libertad de expresión; puede perseguir sus fines conservadores implacablemente por medios radicales. El primer curso no es radicalismo revolucionario sino un acto de desesperación que ciertamente no tiene que ser considerado en términos de teoría política. El segundo es simplemente un alejamiento, temporal o permanente, de la regla general de que los hombres que son conservadores acerca de la mayoría de las cosas tienden a ser conservadores acerca de todas las cosas. El tercero es uno de los dilemas del Conservatismo Americano. Todas son expresiones de un limitado radicalismo que son a menudo empleadas por conservadores inconscientes de la lógica del conservatismo.

"El "Liberalismo", la palabra más difícil del diccionario político, es la actitud de aquellos que están razonablemente satisfechos con su modo de vida, pero que sin embargo creen que pueden mejorarlo substancialmente sin traicionar sus ideales o destruir sus instituciones. El liberal trata de adoptar un punto de vista equilibrado del proceso social, mas cuando se enfrenta con una decisión sobre algún plan bien pensado para mejorar la suerte de los hombres, escogerá el cambio en vez de la estabilidad, el experimento en vez de la continuidad, el futuro en vez del pasado. En resumen, es optimista en vez de pesimista acerca de las posibilidades de reforma.

El "Conservatismo" está comprometido a una defensa discriminadora del orden social contra el cambio y la reforma. El conservador cree que el cambio es la regla de vida de los hombres y sociedades, pero insiste que sea seguro y respetuoso del pasado. Es pesimista, —aunque no siempre tan negramente pesimista— acerca de las posibilidades de reforma, y sus inclinaciones naturales son por la estabilidad en vez del cambio, por la continuidad en vez del experimento, por el pasado en vez del futuro. La diferencia esencial entre conservatismo y liberalismo, como actitudes hacia el cambio y la reforma, es una de estado de ánimo y prejuicio. Ninguna línea visible separa un campo del otro, pero en algún lugar entre ellos está un hombre que es a la vez el más liberal de los conservadores y el más conservador de los liberales. En liberales genuinos hay un rasgo débil de conservatismo y en genuinos conservadores hay un marcado rasgo de liberalismo, y todos los hombres, aun los radicales extremistas, pueden actuar conservadoramente cuando sus propios intereses están en peligro.

El "Quietismo", un término difícil pero útil, describe la actitud de aquellos que, a pesar de toda la evidencia en contrario, parecen pensar que la sociedad puede hacerse extática. Tales personas no ven con ecuanimidad ninguna reforma, ya sea ésta para mejorar el futuro o preservar el pasado. El conservador conserva discriminadamente, el quietista indiscriminadamente, pues teme el movimiento en cualquier dirección. Puede argüirse que ésta no es

una categoría válida, que todos los llamados quietistas pueden clasificarse, ya como conservadores, ya como reaccionarios, y debe reconocerse fácilmente que hombres que adopten esta actitud conscientemente son difíciles de encontrar. El quietismo es en un sentido simplemente el exceso de conservatismo mezclado de temor, ignorancia, inercia y egoísmo; este marbete puede más propiamente aplicarse al curso general de acción, o más bien inacción, que resulta de una actitud conservadora extrema. De cualquier manera que sea, que le llamemos quietismo, o ultraconservatismo, o inacción, tenemos ocasionalmente que dirigir nuestra mirada hacia un punto de nuestro espectro circular equidistante del conservatismo y reacción, hacia un punto de vista de la vida que ansía en vano por un proceso social que permanezca extático.

La "Reacción" suspira por el pasado y siente que un regreso a él, en pequeño o en grande, vale la pena de probarse. El verdadero reaccionario, un hombre que no debe confundirse con el conservador que gusta de soñar reaccionariamente, rehusa a aceptar el presente. Sabe, o cree que sabe, de cierto tiempo en el pasado —la década de 1920, los años antes de la Primera Guerra Mundial, la década de 1890, o aun antes— cuando los hombres estaban mejor que en el presente. Más que esto, está deseoso de borrar algunas leyes, promulgar otras, aun enmendar la constitución de la nación, en resumen, actuar "radicalmente", así que pueda regresar el proceso social al tiempo en que sus conciudadanos perdieron el camino.

La "Reacción revolucionaria", como el radicalismo revolucionario, está deseosa y aun ansiosa de usar la violencia en su asalto contra el orden establecido. Por supuesto, liberales y conservadores, defensores del cambio y estabilidad en una sociedad pacífica, encuentran muy poco que escoger entre dos ismos que vagan más allá del palio de la conducta y propósitos civilizados. Debo afirmar de nuevo mi convicción de que el espectro político va de izquierda a derecha alrededor del borde de un círculo. La doble vía entre el Comunismo y el Fascismo es bastante más corta de lo que algunas personas parecen creer, pues cada una de estas ideologías revolucionarias fusionan el radicalismo y la reacción en una mascarada de libertad y de justicia. En este país, también el camino es corto de un extremo del radicalismo al extremo de la reacción.

Hay pocos hombres que no puedan ser colocados, aun en contra de sus propios deseos, en una de estas categorías, que, repitamos, fijan marbetes a los hombres de mala gana y por un propósito estrecho. Aunque los anarquistas, los ermitaños y los tradicionalistas puros son algo así como un problema para los clasificadores, la mayoría del primer grupo son probablemente radicales, la mayoría de los segundos profundamente frustrados radicales o quietistas extraordinarios, y la mayoría del tercer grupo, reaccionarios tan reaccionarios que han perdido contacto con la realidad. Aunque los meros oportunistas y los perdidamente indiferentes son también casos difíciles de clasificar; en el recuento final, ellos, también, encuentran alguna categoría más conveniente que la otra u otras.

El número de individuos en cada uno de estos grupos

puede variar marcadamente de una sociedad a otra o de una época a otra dentro de una sociedad determinada. Naturalmente, la salud de una nación puede medirse aproximadamente en la proporción de liberales y conservadores en relación con los individuos de otros ismos. En una sana, segura, bien ordenada sociedad las categorías liberal y conservadora pueden incluir hasta el noventa por ciento de los individuos. En una sociedad enferma, inestable, una o más de las otras categorías serán sin duda mayores y los conservadores hallarán imposible practicar sus principios. En un país densamente poblado de quietistas y reaccionarios el conservador puede encontrarse caminando al medio del camino o aun un poco hacia la izquierda —una situación en la que se le hace difícil a la vez ser conservador y que se le reconozca como tal.

Permítaseme aclarar de nuevo que estas categorías vienen al caso solamente en el tipo de sociedad que hemos conocido en Occidente. Algunos críticos de la posición conservadora y de aquellos que buscan identificarla y describirla, han ideado, para terminar toda discusión sobre el tema, declarar que si el conservatismo es la defensa de una sociedad activa, entonces Stalin fue un auténtico conservador. Esto, me parece, es una muestra de sofistería a la cual no es necesario dar una respuesta seria. Los ismos que estamos discutiendo, y sobretodo los ismos emparentados de los conservadores y liberales, vienen a tomar vida en los conflictos civilizados —políticos y culturales— de una sociedad abierta, popular, ordenada y constitucional.

Esto nos lleva al esfuerzo final de definición. Las palabras Derecha e Izquierda, con todo y el abuso que se les ha echado encima, permanecen como instrumentos útiles aunque complicados del análisis y discusión política. Por Derecha queremos significar generalmente aquellos partidos y movimientos que son escépticos del gobierno popular, que se oponen a los brillantes planes de los reformadores y benefactores y que reciben decidido apoyo de los individuos que tienen considerables intereses en el orden establecido. Por Izquierda queremos significar generalmente aquellos partidos y movimientos que exigen más amplia participación popular en el gobierno, que trabajan activamente por las reformas, y que reciben decidido apoyo de los desheredados, desplazados y los insatisfechos. Por regla general —de la que hay históricas excepciones— la Derecha es conservadora o reaccionaria, la Izquierda es liberal o radical.

Hemos llegado a la última de nuestras tareas preliminares: la de identificar la más famosa escuela del pensamiento político conservador.

Cronológicamente, este conservatismo es una filosofía de la vida y la política que ha existido apenas desde la Revolución Francesa. Existieron valientes conservadores antes de Edmund Burke, mas no fue sino hasta que este gran hombre y sus colegas se encararon atrevidamente al radicalismo extravagante de aquel acontecimiento, que el conservatismo tomó vida como una claramente definida escuela de pensamiento político. Las "Reflexiones sobre la Revolución en Francia" (1790) de Burke es correctamente considerada la primera y más

grande declaración de los principios conservadores. Acontecimientos igualmente importantes para el surgimiento de un conservatismo consciente, fueron: la Revolución Industrial, que hizo del cambio y no de la estabilidad el estilo esencial del proceso social; y el surgimiento del Racionalismo, que hizo de la razón en lugar de la tradición, la guía principal de la conducta humana. El resultado inevitable fue una creencia política dedicada específicamente a la estabilidad y la tradición, y Burke, sin duda alguna, fue el primero en proclamarla en las calles de Askelon.

Su preminencia no va completamente indisputada. Por una parte, una agradable característica del resurgimiento conservador ha sido la publicación de muchos libros y artículos, algunos de ellos serios y, solemnes, otros no tanto, que proyectan el conservatismo filosófico hasta tales dignatarios como Locke, Hobbes, Bolingbroke, Richard Hooker, John de Salisbury, Santo Tomás, San Agustín, Cicerón, Aristóteles y aun Platón. Aunque nadie puede negar que cada uno de estos hombres expresaron ideas de un molde fundamentalmente conservador, ni de que Burke fue el hijo obligado de una gran tradición a la que muchos de ellos contribuyeron rica y beneficiosamente, sin embargo, él es el primero en moldear esta tradición en la forma de una defensa de la sociedad constitucional y plural contra los violentos trastornos y el primero en vérselas con las fuerzas del cambio que todavía están en lucha con nosotros. Burke puede ser real y pertinente al conservador moderno, pero ir más allá de él en busca de una primera fuente es perderse en el vago mundo de la tradición.

Por otra parte, hay algunos que, delineando las imaginarias dimensiones del Perfecto Conservador, o desmenuzando la palabra, se han probado a sí mismos que Burke no fue del todo un conservador. Tales personas sacan ventaja del hecho bien conocido de que la palabra en su actual significado político no tomó vida sino hasta varias décadas después de su muerte. Mas, de nuevo, esto es jugar con las definiciones y equivocar la substancia. La mayoría de los historiadores aceptarían el sentido del tema, tal como fue expresado por Irving Kristol: "Había en la retórica de Burke y en su estilo, un sentimiento, un apego reverencial a las cosas viejas y establecidas y cansadas por la edad, que lo fija como la fuente y el origen del conservatismo moderno".

Geográficamente, este conservatismo, como la posición política que pretende expresar, es un fenómeno Occidental, una filosofía peculiar a la comunidad Atlántica y a ciertas de sus proyecciones a través del mundo. Por supuesto, uno debe ir aun más allá y decir que aunque tiene leales y elocuentes partidarios en países como Francia, Alemania, Italia, Suecia, Canadá y los Estados Unidos, el conservatismo de Burke ha mantenido una continua influencia como fuerza superior política e intelectual sola-

mente en la Gran Bretaña. No ha florecido, como pudiera haberlo hecho en Francia y en Italia porque, entre otras razones, no ha existido suficiente acuerdo entre los hombres de la Derecha sobre qué, precisamente, ellos hubieran querido conservar. No ha florecido, como lo hizo antes, en los Estados Unidos por razones que me propongo exponer en otros trabajos.

Ideológicamente, este conservatismo acepta y defiende la mayoría de las instituciones y valores del Occidente contemporáneo. No sólo continúa manteniendo en alto la gran herencia Occidental de Israel, Grecia, Roma y toda la Cristiandad, el modo de vida que habla de humanidad y justicia; sino que también empeña su fe a lo que conocemos y apreciamos como democracia constitucional, el modo de vida que habla de libertad y de consentimiento del pueblo. El Conservatismo, encontramos, está lleno de grandes dudas acerca de la bondad e igualdad del hombre, de la sabiduría y posibilidades de reforma, y de la sagacidad de la mayoría, esto es, acerca del dogma democrático. Hay momentos cuando, por medio de uno de sus más puros y reverenciados voceros, exhibe una añoranza profunda por el siglo diecinueve, o el dieciocho, o aun por el siglo trece. Mas en última instancia, sin embargo, acepta el siglo veinte y respeta el deseo de la libertad humana casi con la misma firmeza conque defiende la causa del orden social. El verdadero conservador, que ni es quietista ni reaccionario, es tan enemigo del Fascista como lo es del Comunista, a pesar de lo mucho que aparece en la superficie compartiendo las ideas de los primeros acerca de la autoridad, la obediencia y la desigualdad. El alcanza esas ideas por caminos completamente distintos de aquel trillado por el Fascista o el oportunista de Derecha, y permanece bien dentro del palio de la ética Cristiana y del estado justo. Profunda, aunque no alegremente, consciente de que la democracia es la única verdadera alternativa del totalitarismo, suprime sus persistentes urgencias antidemocráticas y se propone domesticar al gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo con la ayuda de la constitución y de la tradición. Saca su inspiración de un liberalizado Burke antes que de un reaccionario de Maistre; su interés está en una libertad ordenada antes que en un orden social puro y simple a toda costa.

A este individuo es al que llamamos "conservador" y el modo de vida y de pensar que sostiene, "conservatismo". Aunque el "conservatismo" no tiene un sistema completo de pensamiento en este país, muchos de sus principios fundamentales, ya sea en forma pura o adulterada, están incorporados en el pensamiento de la Derecha y unos pocos traen su voz de la tradición política Americana. Existe una cualidad universal en los principios de la tradición conservadora: el conservatismo de cada país en Occidente puede comprenderse como una versión, fiel o adulterada, de aquella tradición.

PRINCIPIOS:

CONSERVATISMO Y TRADICION

La varia e inmutable naturaleza del hombre, en la que la maldad, la sinrazón, y la inclinación a la violencia acechan siempre tras la cortina de una conducta civilizada.

La natural desigualdad de los hombres en la mayoría de las cualidades de la mente, del cuerpo y del espíritu.

La superioridad de la libertad sobre la igualdad en la jerarquía de los valores humanos y propósitos sociales.

La inevitabilidad y la necesidad de las clases sociales y en consecuencia la locura e inutilidad de la mayoría de los intentos por nivelarlas.

La necesidad de una aristocracia gobernante y servicial.

La falibilidad y tiranía potencial del gobierno por mayoría.

La consecuente conveniencia de la difusión y equilibrio del poder social, económico, cultural, y especialmente, político.

Los derechos del hombre a algo ganado en vez de regalado.

Las obligaciones del hombre: servir, esforzarse, obedecer, cultivar la virtud, dominarse, como precio de los derechos.

La primordial importancia de la propiedad privada para la libertad, el orden y el progreso.

La indispensabilidad y la santidad de las heredadas instituciones, de los valores, de los símbolos, y de los ritos de la tradición.

El papel esencial del sentimiento religioso en el hombre y de la Iglesia en la sociedad.

La falibilidad y alcances limitados de la razón humana.

La misión civilizadora, disciplinaria y conservadora de la educación.

El misterio, grandeza y tragedia de la historia, guía segura del hombre hacia el saber y la virtud.

La existencia de principios inmutables de justicia y moralidad universales.

La primacía de la comunidad orgánica.

Reverencia, contento, prudencia, patriotismo, autodisciplina, cumplimiento del deber son las señales del hombre bueno.

Orden, unidad, equidad, estabilidad, continuidad, seguridad, armonía y la restricción del cambio son las señales de la buena sociedad.

Dignidad, autoridad, legitimidad, justicia, constitucionalismo, jerarquía, reconocimiento de sus limitaciones son las señales del buen gobierno.

La absoluta necesidad del conservatismo —como temperamento, disposición de ánimo, filosofía y tradición— para la existencia de la civilización.

CONSERVATISMO Y DERECHOS DEL HOMBRE

Los derechos del hombre son a la vez naturales y sociales. Naturales, porque pertenecen al hombre como hombre, son parte del gran plan de la naturaleza, y por tanto, dones de Dios. Sociales, porque el hombre los goza en una sociedad organizada.

Aunque el catálogo de los derechos del hombre varíe en cada país, los de vida, libertad y propiedad, forman el mínimo irreductible que deben reconocerse donde quiera.

El derecho a la vida se funda en la eterna verdad de que el hombre es un fin, no un medio.

El derecho a la libertad significa que puede actuar y pensar como le plazca con tal que no infrinja los derechos de otros.

De esta libertad se desprenden la libertad de conciencia, de asociación, de expresión, de movimiento, así como los derechos a la justicia y a la búsqueda de la felicidad.

El hombre no tiene derecho a la felicidad en sí, pero tiene el derecho de buscarla con todas las energías y talentos que Dios le ha dado.

El hombre tiene derecho a adquirir, mantener, usar y disponer de propiedad, así como a gozar de los frutos de la misma.

CONSERVATISMO Y GOBIERNO

El hombre es un animal social así como político. El gobierno es necesario para su existencia como hombre.

El gobierno, como la familia de donde surgió, es la respuesta de la naturaleza a las eternas necesidades del hombre.

El gobierno sirve muchos propósitos pero no todos. Ningún gobierno puede servir de sustituto de otras instituciones, tales como, familia, Iglesia, asociaciones sociales.

El gobierno debe ser constitucional. Gobernantes y gobernados deben respetar la santidad de los límites constitucionales.

Cada constitución es a la vez una concesión de poder y un catálogo de limitaciones. Las mejores constituciones hacen hincapie en lo segundo. El gobierno debe ser representativo.

El gobierno es como el fuego: bajo control, es el más útil de los siervos, fuera de control, es el tirano más salvaje.

Mantenido dentro de sus propios límites, el gobierno debe servir estos propósitos:

Defender la comunidad contra ataques externos.

Ser el símbolo de unidad, el foco del fervor patriótico que vuelva una masa de hombres y de grupos en una unidad viva.

Establecer y administrar un equitativo sistema de justicia, que pueda hacer posible que los hombres vivan y traten entre sí.

Proteger a los hombres contra la violencia entre ellos mismos. Con el juicioso uso de la fuerza "asegurar la tranquilidad doméstica".

Asegurar los derechos de los hombres, incluyendo el derecho de propiedad, contra los ataques de la licencia y la anarquía y los celos.

Promover la moral pública y privada, sin la que la libertad no puede existir.

Fomentar y proteger la religión, la educación.

Ofrecer un alto ejemplo de justicia y probidad.

CONSERVATISMO Y SOCIEDAD

La sociedad es un organismo vivo cuyas raíces se hunden en el pasado. La verdadera sociedad es un árbol no una máquina.

La sociedad es celular. No es una aglomeración de individuos solos sino una gran unión de grupos funcionales.

El hombre es un animal social cuyos intereses están mejor servidos por la cooperación con otros hombres.

Una sociedad sana mostrará una equilibrada combinación de instituciones: constitución, leyes, monarquía o presidencia, legislatura, cortes judiciales, servicio civil, fuerzas armadas y sus subdivisiones, colegios, escuelas, formas de propiedad, corporaciones, sindicatos, gremios, centros sociales.

Los individuos forman las comunidades pero las instituciones forman la nación.

La sociedad es estructural. El conservatismo reconoce la existencia de clases y órdenes como un bien positivo.

La estructura social no es una serie de estratos superpuestos, sino, una mezcla indisoluble y fundida de personas de arriba para abajo.

La sociedad es una unidad. En una sociedad sana todos los grupos e instituciones y clases se juntan en un todo armonioso. Todo intento de reformar una parte de la sociedad perturba el todo.

La sociedad no puede ser extática. El cambio es la regla de la vida, tanto para las sociedades como para los hombres.

La sociedad debe cambiar, pues el cambio es el medio de su conservación, como la perpetua renovación del cuerpo humano.

Los cambios deben hacerse en consideración a las maneras, las costumbres, las leyes y las tradiciones del pueblo.

La sociedad debe ser estable. El común acuerdo sobre fundamentales existe entre los hombres de todo rango y condición. Lealtad, buena voluntad, simpatía fraternal, y un sentimiento de compromiso llena el escenario político y social.

Las instituciones y los grupos están ajustados funcionalmente. El orden social es la expresión exterior de una armonía interior. El poder político, económico, social y cultural está ampliamente difundido entre las personas, grupos y otras instituciones. Ellos están mantenidos por la ley, la costumbre y la constitución del Estado en un equilibrio operante. Por cada demostración de poder existe una responsabilidad correspondiente.

Unidad, armonía, autoridad, seguridad y continuidad son los principales elementos de una sociedad estable.

CONSERVATISMO Y PROPIEDAD

La propiedad hace posible para el hombre desarrollar su mente y su espíritu.

La propiedad hace posible que el hombre sea libre.

La propiedad da al hombre un lugar donde permanecer y hacer sus libres escogencias. Le concede una esfera en la que puede ignorar al estado.

La propiedad es el más importante medio técnico para la difusión del poder económico.

La propiedad es esencial para la existencia de la familia, la célula natural de la sociedad.

La propiedad provee al hombre el incentivo de un trabajo productivo. Siendo la naturaleza humana lo que es y lo que siempre será, el deseo de adquirir y mantener la propiedad es esencial al progreso.

La propiedad es un poderoso agente conservador que da apoyo y substancia al temperamento que ayuda a estabilizar la sociedad.

CONSERVATISMO Y ARISTOCRACIA

La creencia en una aristocracia gobernante, servicial, que dé la norma a seguir en el buen gusto.

Si hay una manera, una sólo prueba empírica, por la que el conservatismo pueda ser distinguido del liberalismo, es en su respeto por la aristocracia y las instituciones aristocráticas. Cada dogma del liberalismo repudia la idea de una aristocracia estable; cada dogma del conservatismo la afirma.

Sin aristocracia no hay nación y se afirma la necesidad de una nobleza del talento y la virtud, una que estuviese preparada para servicios especiales y por lo tanto con derecho a especiales consideraciones. Toma más de una generación para formar un aristócrata genuino. Sus mejores hombres son "mejores" en costumbres como en moralidad, en nacimiento como en talento.

CONSERVATISMO Y CATOLICISMO

Una ley superior guía al hombre y limita al gobierno.

La naturaleza del hombre es una mezcla inmutable. Políticamente hablando, corrupción y debilidad, son sus más notables características.

Los derechos naturales llevan consigo responsabilidades naturales. La base de éstas es la completa observancia de la ley moral.

Los derechos civiles y las responsabilidades civiles están similarmente equilibrados.

La libertad es, básicamente, hacer lo que es bueno y correcto.

La moralidad es, consecuentemente, la base de la autonomía gubernamental.

El estado, que consiste de sociedad y gobierno, es necesario y divinamente ordenado.

La sociedad debe ser estable, moral, disciplinada, unida y ordenada.

Las instituciones, especialmente la Iglesia fundada por Dios y la familia ordenada por Dios, son esenciales para el correcto funcionamiento de la sociedad.